

De Fonfría a Miramar

Felisa Leopoldo de Toro de Turuelo

Yo, Felisa Leopoldo de Toro de Turuelo contaré a continuación una pequeña parte de lo que ha sido mi vida y desde que yo me acuerdo. Nací el día 2 de diciembre del año 1928, en un pueblo que se llama Fonfría, municipio del Partido de Alcañices de Aliste, provincia de Zamora, Reino de León.

Mi juventud fue inolvidable, estupenda, muy linda, claro siempre teniendo en cuenta la época en que transcurrió. Las chicas y los chicos nos divertíamos mucho y sobre todas las cosas, sanamente, solo con lo simple de la vida. Cuando íbamos a los bailes, lo hacíamos de día, ya que era en ese momento cuando se hacían, solamente y en ocasión de las fiestas del pueblo, era que llegaban hasta la noche. Todas las chicas éramos amigas, no había rivalidades entre nosotras, ni discriminación, no había violencia, tal vez sería porque todas teníamos acceso a las mismas pocas cosas que se conseguían en el pueblo, dado que era chico y con pocos habitantes, pero de todas formas, había bastante juventud.

Allí viví hasta que me vine a la Argentina en el año 1956. Mi familia se componía por mis padres, siete hermanos (dos varones, que eran los mayores, y cinco mujeres muy unidas y muy compañeras entre nosotras). Yo vine a este país porque mi marido, Miguel Turuelo Reguero, ya se había venido hacía un año (1955), estábamos casados por poder, un estilo de aquella época. En la práctica yo me casé con mi papá. Para mí, ese día fue muy triste, pensando que a partir de allí mi vida cambiaría y tal vez fuera para siempre, en ese momento debía tomar un rumbo lejano, desconocido y así fue.

El día 14 de septiembre de 1956 embarqué en el puerto de Vigo, Galicia, en un barco que se llamaba *Alberto Dodero*, y llegamos al

puerto de Buenos Aires el 1 de octubre de ese mismo año. Viajamos con unos primos por parte de mi marido de apellido Calvo. Ellos ahora viven en la provincia de Córdoba, en un pueblo llamado San Pedro, del cual fueron intendentes desde hace veinte años. Primero fue el padre (Lucas Calvo durante dieciséis años) y al haber fallecido este, fue sucedido, elecciones mediante, por su hija Emilia Calvo.

Acá en Argentina, con mi marido Miguel Turuelo siempre hemos vivido en Miramar, tenemos un hijo que se llama Miguel Ángel y él tiene dos hermosos e inteligentes hijos, Romina y Andrés, que son nuestro orgullo como nietos.

Cuando recién llegamos de España, vivimos en la calle 34 y esquina 9 y lo mejor que nos pudo haber pasado fue haber tenido unos vecinos tan buenos y afectuosos, los que para mí fueron mi segunda familia. Ellos se llamaban don Rafael Mejías y su esposa doña Vicenta. Con ellos me acostumbré a tomar mate y sin azúcar. Ese matrimonio, que también eran españoles y de la provincia de León, tenían siete hijos, los cuales siguieron siendo nuestros amigos, así como también algunos de sus nietos como lo es Gladys Mejías y su esposo Héctor Álvarez con sus tres hijas, quienes son una familia extraordinaria. Asimismo, hubieron [*sic*] otros vecinos que fueron muy buenos con nosotros, ofreciéndonos su cariño y su amistad, tal es la familia Juliano, de la que no nos olvidaremos nunca, lo mismo que de sus hijos, siendo una de ellos muy querida en Miramar, como lo es la esposa del doctor Di Cesare.

Luego, con el paso del tiempo y ya asentados definitivamente en esta ciudad, fuimos conociendo otros paisanos, como Consuelo y Matías Álvarez, Prudencia y Zacarías Álvarez, Rosendo, "Jesús" Álvarez, Rodríguez que se dedicaba a la carpintería, la familia Atucha que tenían almacén, Elisa y Melitón Martín que también tuvieron almacén, Manuel conocido como "el Coreano", quien en España había hecho el servicio militar con mi esposo y se reencontraron casualmente en esta ciudad y fue donde se reconocieron y recordaron aquel grato momento.

Hemos tenido muy buenos amigos, digo hemos tenido porque algunos han decidido volver a España, tal es el caso de Paco y Mercedes, y otros ya se han ido para siempre. Los que tenemos ahora nos llevamos

muy bien. Nuestra vida en Argentina ha sido bastante sacrificada, sobre todo los primeros años en los cuales tuvimos que trabajar mucho y muy duro para poder ahorrar algo de dinero y así comprarnos un terreno para poder construir nuestra propia vivienda, que era lo que anhelábamos.

Uno de los primeros trabajos que realizamos en la ciudad, fue de encargados en el edificio “Avenida”, que aún existe en la avenida Mitre casi 12, allí estuvimos poco tiempo. En ese edificio cumplió su primer año de vida nuestro hijo Miguel Ángel (año 1959).

Más adelante logramos comprar el terreno soñado y allí comenzamos, primero los planos, luego los cimientos, las paredes, el techo y así veíamos como iba creciendo la obra, ladrillo sobre ladrillo. Lo fuimos haciendo durante la noche, ya que mi marido durante el día trabajaba en otras obras, siempre en el gremio de la construcción en la empresa constructora de los hermanos Blanco. En esa época había mucho trabajo, se construyeron la mayoría de los grandes edificios de la ciudad, lo que requería que se trabajara los sábados y hasta incluso algún domingo o feriado.

La casa la construimos totalmente entre mi marido y yo, salvo la parte de la losa de cemento y el gremio de electricidad donde nos ayudaron los hermanos de Mejías (Urbano y Raúl). En esos años ellos trabajaban en ese oficio y a su vez tenían un comercio de bazar y de artículos para el hogar y electricidad, en el cual compramos todo lo necesario de ese ramo para nuestra casa. Era un negocio con gran surtido de mercadería y variedad para los tiempos que corrían.

Mientras estábamos construyendo nuestra casa, vivíamos en la calle 25 e/ 38 y 40, y desde allí, cuando consideramos que estaba en condiciones de ser habitada pero aún sin terminar, nos mudamos.

Después de unos años (año 1961), pudimos verla casi terminada, lo que podemos llamar “habitable”. Desde ese momento imaginado por siempre y hasta el día de hoy, estamos viviendo en nuestra casa ubicada en la calle 26 e/ 29 y 31.

Yo también he trabajado en las temporadas de verano. Doce de ellas en un hotel que se llama *Cit Turin*, del cual sus dueños eran Paco y Mercedes Ojea. Otro hotel donde trabajé fue *La Cibeles*, allí lo hice

menos tiempo, pero siempre muy conforme, ya que los dueños también eran muy amigos nuestros, ellos eran Matías y Consuelo Álvarez. Ambos matrimonios se volvieron a vivir definitivamente a España. Gente que extrañamos mucho porque, además de buenos amigos, son muy buenas personas. Con los amigos, hablando en general, hemos tenido suerte, siempre que los hemos necesitado han estado a nuestro lado y se han ido renovando, quiero decir que algunos se han ido, pero otros han ido ingresando en el círculo.

Después de muchos años, en 1969, volvimos a España por primera vez, a visitar nuestros familiares y también pasear y conocer algo del país, ya que nunca habíamos tenido la oportunidad de viajar dentro de él. En esta oportunidad pudimos hacerlo con nuestro hijo. Pudimos volver a ver a nuestros hermanos y a mi padre que aún vivía en el pueblo. El viaje lo hicimos durante 15 días en un barco de la Línea "C" que se llamaba *Enrico C*. Desembarcamos en el puerto de Vigo en Galicia y allí nos esperaba una gran parte de la familia. Recorrimos muchas ciudades visitando familiares y paseando durante 6 meses.

Más adelante pudimos volver nuevamente, pero en esta otra oportunidad viajamos en avión, estuvimos menos tiempo porque lo hicimos sin nuestro hijo ya que estaba por ingresar a un nuevo trabajo.

A medida que iban transcurriendo los años y hasta no hace mucho tiempo, no dejamos de trabajar. Mi esposo, como ya dije, trabajaba en la construcción de edificios y casas durante el invierno, pero durante los meses de diciembre, enero, febrero y marzo, ya que antes las temporadas de verano eran de cuatro meses, trabajó como fotógrafo en las playas de la ciudad. Bajaba a la playa a la mañana, lo hacía alrededor de las 9 o 10 hasta las 13, luego venía a casa a almorzar y volvía a las 14 hasta las 18 o más, después de esa hora continuaba en las plazas hasta ya la noche tarde.

Al principio el trabajo de revelado de las fotos que sacaba, lo daba a un laboratorio particular. Con el paso del tiempo, se fue interiorizando y aprendiendo la técnica del trabajo y así fue que compró un mínimo equipamiento para instalar su propio laboratorio en casa y de esa forma procesar sus fotografías sin dependencia de terceros.

De esta forma, fueron pasando los años hasta que la llegada de las primeras pequeñas cámaras instantáneas y luego las personales, hizo que el trabajo no fuera rentable. Fue entonces cuando llegó la hora de retirarse de la playa, después de veinte años.

Luego llega el momento de la jubilación para mí y para mi marido. Dejamos de trabajar afuera, pero seguimos trabajando en casa, ya que en una casa siempre hay mucho para hacer y más teniendo árboles frutales, plantas, algo de huerta, césped para cortar, etc.

Continuando con el tema de la amistad, hace ya un tiempo, me hice amiga de una persona a la que aprecio muchísimo, lo mismo que a su esposo e hijas. Después de haber pasado muchos años y sin habernos conocido, nos encontramos y fue allí cuando la conocí y me enteré que su padre había sido quien nos había instalado una bomba de agua cuando recién habíamos llegado a la ciudad, su nombre era Mateos Darwich. La familia que tanto aprecio y a que me refiero es la familia Chalela.

Tengo una amiga que es como si fuera parte de mi familia también, todos los domingos tomamos mate juntas y cuando algún domingo no lo hacemos se extraña mucho, se llama Angelina y es española como yo, de la misma provincia. También tengo otra amiga muy importante en mi vida, que más que amiga es una hermana, yo la quiero muchísimo y siempre estará en mi corazón, lo mismo que sus hijos, también es española y se llama Prudencia.

Así vamos llegando a estos días, donde nos encontramos cuidando de nuestra salud para así estar en condiciones de programar un viaje a nuestra tierra de nacimiento, el cual estimo que será muy pronto y en compañía de los nietos.



Fonfría.



Fonfría.



Miramar.